





# OPERACIÓN PITBULL



Ernesto Viarde

# OPERACIÓN PITBULL



Primera edición: abril 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ernesto Viarde

ISBN: 978-84-18250-30-9

ISBN digital: 978-84-18250-31-6

Depósito legal: M-9337-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







Los personajes y hechos que se describen en esta novela son ficticios.  
Cualquier parecido con la realidad es pura mala uva.



## NOTA DEL AUTOR

Así como en la anterior aventura del cabo Heredia *La llamaremos Lina* había algunos diálogos en asturiano o bable, en esta los hay en catalán. He preferido no traducirlos al castellano para preservar la autenticidad de los mismos ya que considero además que se pueden comprender sin excesiva dificultad, sobre todo teniendo en cuenta el contexto. En los citados diálogos he introducido algunos paréntesis con la traducción correspondiente cuando me ha parecido que alguna palabra podía entrañar alguna dificultad de comprensión. Al final de la novela hay un pequeño glosario con algunas de las que más se repiten en el texto. Les recomiendo que lo lean entero y lo mantengan debidamente marcado al llegar a media narración que es cuando entran en escena los personajes catalanes.

No dudo que, si el cabo Heredia fue capaz de aprender el catalán en apenas un mes, ustedes serán capaces de hacerlo en bastante menos tiempo.

E. V.



*El poder está en manos del capital, que está en poder de idiotas*  
(AKI KAURISMAKI)

*Por qué, por qué los ricos*  
*Por qué, por qué los ricos*  
*Tienen derecho a pasarlo tan bien*  
*Si son tan imbéciles como los pobres*  
(LOS PRISIONEROS - Por qué los ricos)

*Esta canción habla del chauvinismo de las naciones.*  
*El nacionalismo, al igual que el racismo, destruye los derechos de los*  
*demás.*

(PETER GABRIEL, en castellano, durante el concierto Human Rights Now! en el Nou Camp, Barcelona, el 10 de septiembre de 1988, antes de cantar *Games Without Frontiers*)

*El senyor Peter Gabriel no coneix (no conoce) la realitat de Catalunya.*  
(Representante del Govern de la Generalitat de Catalunya –CiU– tras el citado concierto de Amnistía Internacional)

*Life would be tragic if it weren't funny.*  
(STEPHEN HAWKING)



## PERSONAJES PRINCIPALES

(por orden de aparición)

**Don Florentino Pástez:** constructor.

**Sir Humphrey Applepy:** exsecretario personal del primer ministro británico.

**Julio Salmerón:** inspector de policía en Valladolid.

**Demetrio Subises:** general de la Guardia Civil en Madrid.

José Juan Benítez Heredia (**el cabo Heredia**): guardia civil en Asturias.

**Osvaldo Baute:** sargento de la Guardia Civil en Punta Umbría, Huelva.

**Gonzalo Baivén:** agente de policía en Valladolid.

**Teófilo Parra:** profesor de Económicas en la Universidad de Oviedo.

**Bárbara:** misteriosa agente al servicio del Club Bilderberg.

**Smart:** misterioso agente al servicio del Club Bilderberg.

Carmelo Mariñas (**el «páter»**): cura a bordo del ferry Moby Dada.

Hipólito Gorgorovitch (**el «Poli»**): quinqu en Gijón.

**Rosend Coromines:** mosso d'esquadra, guardaespaldas del *President Puigdevall*.

**Laia Espinàs:** política catalana de la EFEC.

**Elisenda Puig-Pelat:** política catalana, número tres de la coalición *Junts per un Somni*.

**Carles Puigdevall:** *President* cesado de la *Generalitat de Catalunya*.

**Llorenç Llistosellas:** coturnicultor en Calaf, padrastró de

**Damià Font:** empleado en la granja del anterior.  
**Jaume Bacallat:** político catalán, futuro *conseller de Governació*.



PARTE I  
JUNIO Y JULIO de 2017



## Capítulo 1

*De una agradable tarde de primavera. Una profunda reflexión.  
Un tumor maligno. Una robusta democracia. Unos... ¿telefilms?  
Un viejo amigo. Un asunto preocupante.  
Un plan brillante. Un perro.*

*Domingo, 4 de junio de 2017 – 19.19 h.  
Westfields Marriott Hotel, Chantilly; Virginia, EEUU*

En la terraza del Westfields Marriott Hotel de Chantilly, Virginia, sentado delante de una mesa de jardín de *Lievore Altherr*, de tapa en piedra y patas en plata de ley, sobre la que había una botella de *cognac* Louis XIII de *Rémy Martin*, edición limitada, y una copa de cristal de Murano llena hasta la mitad del precioso líquido, don Florentino Pástez fumaba un puro de considerables dimensiones con la vista perdida en el horizonte del condado de Fairfax. La tarde era agradable; tal vez ligeramente calurosa, aunque soplaba algo de viento; el sol había dejado de molestar hacía una hora a causa de una acumulación bastante persistente de nubes altas. Acababa de terminar la reunión anual del Club Bilderberg y, como solía pasar desde hacía algunos años, don Florentino se había aburrido bastante. La cita se volvía cada vez más rutinaria y carente de interés; los discursos eran tediosos, en particular si los ponentes se los tomaban en serio, lo que acostumbraba a ocurrir cuando subían a la tribuna los invitados ocasionales. Los de siempre sabían pertinentemente que aquellas reuniones no se hacían con el objetivo de tomar decisiones en público (en *petit comité*, tal vez sí) sino con

el fin de que se hablara del Club Bilderberg con cierta regularidad, para que nadie se olvidase de quién manda en el mundo. No es que les importase mucho a los superpoderosos y supermillonarios el hecho de que la gente estuviera enterada de ello, pero había que reconocer que tenía cierta gracia.

Don Florentino expulsó el humo del habano, sintiendo nostalgia por unos tiempos que él mismo no había llegado a vivir como miembro del selecto club. Las asambleas Bilderberg habían tenido al principio un gran significado y habían sido fundamentales para erradicar el tumor maligno del comunismo y para convertir a la URSS en un paraíso del capitalismo, por ejemplo. Mención aparte había que hacer del caso de la destrucción (y golosa reconstrucción) de Yugoslavia tras inyectar sabiamente la ponzoña del nacionalismo, uno de los hitos más notables en la historia del Club Bilderberg. Pero una vez conseguido el principal objetivo (Cuba, Corea del Norte, Venezuela y algunos países de tercera fila resistían, pero con el benevolente permiso del club. Servían, entre otras cosas, para personificar los desastres de una economía socialista... desastres provocados en buena parte por el gran capital, naturalmente, je, je...) no quedaban apenas retos a la altura de tan potente organización... Bien, cierto que existía una seria amenaza islamista y que había muchos países todavía fuera del control del dinero, pero tener un enemigo que no cuestiona el hecho de que tengas diez mil millones en una cuenta corriente, sino al que únicamente le preocupan tus preferencias relativas a quien adoras cuando te arrodillas o levantas el culo postrado en tierra no reviste particular gravedad. Y los atentados ocasionales van bien para tener a la gente entretenida, y, sobre todo, cohesionada en torno a la idea de que no existe nada mejor que una robusta democracia occidental... Una robusta democracia en la que hay que extremar los controles y la vigilancia y limitar las libertades, claro, para que no se nos cuelel indeseables, je, je...

Considerando pues que todo estaba bien atado, no podía evitar pensar don Florentino que las reuniones deberían ser más abiertas

hoy en día. No abiertas al público en general, por supuesto; pero sería una buena idea, reflexionaba el constructor, contratar unos cuantos autocares de *escorts* (y alguno de *boys* para las señoras, claro) para amenizar las veladas, o bien montar un pequeño casino en el interior del hotel para jugarse parte de los millones ganados el último año. Don Florentino había dejado caer medio en serio medio en broma la indirecta a ver qué pasaba, pero sin éxito. Había encontrado apoyos, evidentemente, sobre todo entre los italianos, los portugueses, los argentinos y los griegos; pero los nórdicos y anglosajones opinaron que la gente podría llegar a enterarse y el prestigio del Club se resentiría. No entendía don Florentino por qué. Al menos, en España, el prestigio del club subiría como la espuma... Claro que existía también el problema de los judíos ortodoxos. Cada vez tenían más dinero, aquellos personajes, y cada vez se iban incorporando en mayor número al Club Bilderberg, y no toleraban excesos ni a la hora de comer. ¡Con sus kipás, sus talits, sus... ¿telefilms?, sus barbas y sus coletas, hacían que aquello pareciera cada vez más un circo de *friquis* de los años veinte que una reunión de respetables personalidades! ¡Qué gente más tétrica, por Dios! ¡Qué aburridos! ¡Todo el día temiendo ofender al Señor y que te parta un rayo hasta por tocar un timbre o llamar al ascensor! ¡Menudos cretinos, por favor! Don Florentino consideraba, aliviado, que, en este aspecto al menos, la religión católica no tiene rival. Puedes llevar una vida de lujuria, de vicio y de desenfreno y te basta, al final, cuando estás a punto de palmar, con confesar todos tus pecados y pedir la absolución a un cura benevolente para irte directo al Cielo de los Justos. La única pega, claro, es si te mueres de golpe, sin haber tenido tiempo de confesarte antes; pero aun así vale la pena correr el riesgo... Y en cuanto a los ortodoxos, por fortuna, los dos últimos días, los viernes por la noche y los sábados, que dentro de lo que cabe siempre acostumbraban a ser los más divertidos (en el bar, después de la cena, entre risotadas, cócteles y whiskies, hasta podías tocarle el culo a alguna gestora de fondos buitres sin que te diera un bolsazo), ni se les veía el pelo.

Permanecían en sus habitaciones sin atreverse a rozar siquiera los interruptores de la luz, haciendo abluciones en un cuarto de baño completamente a oscuras. Cómo gente tan imbécil podía ser dueña de algunos de los bancos y de las financieras más importantes del mundo era algo que a don Florentino no le cabía en la cabeza. Una voz que le llegó desde detrás interrumpió sus pensamientos.

—¡Hola, Flor!

El constructor pegó un respingo. Se volvió.

—¡Hombre, Humphrey! ¿Dónde te habías metido? No te he visto estos días por aquí. Ya pensaba que no habías venido, este año.

*Sir* Humphrey Applepy, muy moreno, luciendo un traje gris perla hecho a medida en Savile Row, tomó asiento junto al español. Se expresó, como era habitual en él al conversar con don Florentino, en un perfecto castellano.

—Llegué ayer por la tarde. Tenía asuntos importantes que tratar en Marruecos.

Don Florentino hizo una seña a uno de los camareros, que se apresuró a servir una segunda copa en la que vertió dos dedos de *cognac* y que colocó frente al recién llegado sobre un posavasos de cristal con un grabado en oro.

—¿Asuntos que nos afectan, Humphrey?

—Por supuesto, Flor, por supuesto —sonrió el recién llegado—... ¿Qué hay que no nos afecte? ¿Cómo ha ido todo por aquí?

—Supongo que será inútil que te pida que me llames Florentino, ¿no... Humpy?

—¡Ja, ja...! ¡Sabes que no me sale, Flor, aunque mi español es bastante correcto, tu nombre es demasiado largo para mí!

—En fin... ¿Que cómo ha ido por aquí, decías? Pues ha sido un coñazo, como empieza a ser habitual... O más... Los nuevos de este año son lamentables.

—¡Ja, ja...! ¿Lo dices por el catalán, ese...?

—No; ese es un idiota. Anda todo el día con la boca abierta. Debe de haber comido más mosquitos estos días que una salaman-

quesa en toda su vida... Lo digo sobre todo por los... judíos... ortodoxos —dijo don Florentino, volviendo al tema que le rondaba por la cabeza toda la tarde. Bajó la voz ya que vio pasar a un par de ellos por delante, dirigiéndose hacia el parking del hotel—. Cada vez hay más, Humphrey, y con sus estúpidas normas de conducta no nos dejan pasarlo bien.

—Hay que tener paciencia con ellos —sonrió *sir* Humphrey—. Tienen detrás a los Moses, a los Rotschild, a los Rockefeller...

—¡Si esto va a seguir así, el año que viene no vengo! ¡Desde aquella reunión en que tuvimos a Estulin infiltrado no nos hemos vuelto a divertir como Dios manda!

—Je, je... Sí; fue una bonita reunión, la de aquel año.

—Y, total, todo esto no sirve para nada. Solo para mantener nuestro prestigio, nuestra imagen corporativa...

—Que no es poco...

—Y para ver quién la ha palmado este año... que siempre tiene su tilín.

*Sir* Humphrey rio. Don Florentino exhibió una triste mueca de resignación.

—Antes nos lo pasábamos mejor, Humphrey... Todo se toma demasiado en serio, ahora.

—Éramos jóvenes, Flor... Y los que suben ahora tienen poco sentido del humor. Ignoro por qué. Tal vez porque las universidades no son como antes. Hay mucha más competencia. Cualquiera que tenga unos centenares de miles de euros mete a sus chicos en escuelas de élite. La mayoría no llegarán a ningún sitio, claro, pero hay chavales muy brillantes cuyo talento sería absurdo no aprovechar, y los nuestros tienen que defender su territorio... Pero es verdad, todo se pierde... —*Sir* Humphrey bebió un sorbito de *cognac*—... Además, actualmente tenemos motivos de preocupación que antes no teníamos.

Don Florentino miró extrañado al inglés.

—¿Ah, sí? ¿De qué tenemos que preocuparnos, Humphrey?

—Cada vez hay más miseria en el mundo, cada vez hay más

gente que muere de hambre, cada vez habrá menos tierras para cultivar a causa del cambio climático... Y por si fuera poco, incluso en países civilizados como los nuestros, las clases medias se hundén...

El constructor puso cara de extrañeza.

—¡Caramba, Humphrey! ¿Te ha sentado mal el *cognac*?

—¡Ja, ja...! No... No me preocupa el hecho en sí, naturalmente; pero sí sus posibles consecuencias. Los miserables pueden llegar a hartarse algún día y se nos pueden echar encima... Son muchos, Flor... y pronto no van a tener nada que perder.

—¡Tonterías, Humphrey! Nadie vendrá a por nosotros... Y aunque así fuera, tenemos nuestras propiedades bien aseguradas. Y no hablo de las vallas, ni de los sistemas de alarma... Tenemos a la policía, tenemos seguridad privada; controlamos los ejércitos... No veo qué puede hacer toda esa gente, por mucha que sea, contra todo ello.

—Pues ahí está justamente el problema, Flor. Cada vez vamos a necesitar más protección y el peligro puede hallarse en... —dijo el inglés bajando la voz— lugares insospechados.

Don Florentino miró extrañado a *Sir* Humphrey.

—¿Lugares...? ¿Insospechados? ¿Qué quieres decir?

—Dentro... de nuestras murallas, como en Troya. ¿Sabes, Flor, lo que pasó con Dent Borden?

—¿El farmacéutico danés? Algo he oído... No ha venido este año, ¿no?

—No. Secuestraron hace un mes a su hija de diez años. Y eso a pesar de la vigilancia humana, electrónica y supertecnificada que rodeaba su mansión...

—No conozco los detalles. ¿Recuperó a su hija?

—Sí... Le faltaba una oreja, pero está viva.

—Bueno... Acabó bien... Sin oreja, pero... —dijo don Florentino, sin poder evitar rascarse la suya—. De todas maneras, Humphrey, estos hechos deben tomarse como algo que puede pasar, como excepciones que...

—De momento son excepciones, Flor, pero ya ha habido va-



rios casos y pueden convertirse en algo mucho más... serio si no andamos con cuidado.

—¡No me asustes, Humphrey! ¿Por qué crees eso?

—Fueron los propios guardias de seguridad de Borden los que organizaron el secuestro. Una vez Borden pagó... cincuenta millones de euros... y recuperó a su hija, se dio la alarma; la policía consiguió localizar y matar a cinco secuestradores después de un presunto denso tiroteo que nadie escuchó en una tranquila zona residencial de Copenhague. Uno de los bandidos, sin embargo, logró escapar con el dinero. Nadie sabe adónde ha ido. No se ha recuperado el botín.

—Vaya...

—Estamos convencidos de que el dinero se lo quedaron los propios policías... El último secuestrador debe de estar ahora mismo en el fondo de algún fiordo, con unas pesadas halteras atadas al tobillo.

—¡Repámpanos!

—La codicia humana es muy peligrosa, Flor... Es nuestra gran virtud, sí... pero por desgracia es también nuestro talón de Aquiles...

—Díselo a esos de las coletas que están subiendo ahora mismo a las limusinas para ir al aeropuerto —dijo don Florentino, señalando con el dedo hacia un grupito que abandonaba en aquel momento el hotel.

—...

—...

—Por eso tenemos un plan, Flor... Un plan que puede resolver nuestros problemas relativos a la seguridad. Un plan... brillante.

—¿...?

—...

—¿Un plan brillante? Explícate, Humphrey.

—¿Recuerdas lo que te dije hace unos meses acerca del cabo Heredia\*?

---

1\* Aquí y en adelante habrá algunas referencias a las dos aventuras anteriores del cabo Heredia: *Un cabo suelto* y *La llamaremos Lina* (no es necesario conocerlas para la comprensión de esta novela). (N. del A).

—¿El cabo Heredia? ¿Aquel guardia civil asturiano que nos hizo la puñeta en Gstaad? Sí... Recuerdo que me dijiste que se había aplazado indefinidamente su... eliminación. ¿Qué tiene que ver él con esto?

—Mucho... Está claro por todo lo que te he dicho antes que cada vez vamos a necesitar más seguridad. Imagínate un mundo en el que todos los servidores de la ley, es decir todos nuestros policías, militares, guardias, etcétera, fueran tan dóciles, tan fieles y tan serviciales como el cabo Heredia y además tuvieran una constitución física tan adecuada como la suya.

Don Florentino pensó unos segundos.

—Guapos, altos, fuertes, obedientes y leales quieres decir... No sé si podría imaginarme una guardia pretoriana a base de tipos como el cabo Heredia; por lo que tengo entendido, Humphrey, es tonto del culo.

—¡Ja, ja...! ¡Ahí está la gracia!

—No sé si se la veo, Humphrey.

—Recuerdas al doctor Krüeger, supongo...

—¿El que nos llevaba aquello de la criogenización y algunos de los experimentos más estrambóticos sobre la prolongación de la vida humana que se han visto desde los tiempos del conde Drácula?

—¡Ja, ja...! ¡Veo que lo recuerdas!

—Aquello acabó muy mal, Humphrey —dijo don Florentino algo alarmado—, y el cabo tuvo bastante que ver... ¿Cómo no me voy a acordar? Nos costó una millonada y fue una pérdida de prestigio para el Club considerable. ¿Ha retomado sus investigaciones, el doctor?

—En efecto, sí. Ha empezado casi de cero; pero te recuerdo que no era el único científico que teníamos en nómina investigando diferentes maneras de alargar la vida. Uno de nuestros laboratorios está consiguiendo que ciertas cobayas vivan más del doble de lo habitual. Están sintetizando sangre a partir de tipos rarísimos muy resistentes a todas las enfermedades co-

nocidas y están trabajando también con extractos de cola de caballo que...

—¿No es eso una planta medicinal?! ¡Estamos apañados si...!

—¡No, no, Flor! La cola de caballo es, además, una serie de terminaciones nerviosas que se hallan en el hueso sacro. Parece ser que nuestros científicos, a partir de cola de caballo de caballo están consiguiendo...

—¿Cola de caballo de caballo? ¿Qué rayos estás diciendo, Humphrey?

—De momento es pronto para trabajar con cola de caballo de persona y nos tenemos... nuestros científicos se tienen que conformar con la cola de caballo de caballo, pero pronto...

—¡No, Humphrey! ¡No sigas, por favor! Prefiero no saberlo...

—Ja, ja... —rio *sir* Humphrey—. Bien, el caso es que, tal y como progresan dichas investigaciones, Flor, no podemos descartar avances espectaculares de los cuales tú y yo podríamos beneficiarnos.

—¿Quieres decir...?

—Vivir muchos años, sí... Ciento diez o ciento veinte... Tal vez más... Y en buenas condiciones.

—¡Carambainas!

—Por eso nos interesa poner en marcha cuanto antes un plan que hemos denominado: «Operación... Pitbull».

Don Florentino se volvió hacia *sir* Humphrey y se lo quedó mirando, atónito.

—¿Pit...bull?!

—El pitbull es un perro que moriría por su amo, Flor. Es fiero, fuerte, no piensa...

—Vaya... ¿Y en qué consiste dicho plan, si puede saberse?

—Pues en encontrar al guardia, al soldado, al policía, al vigilante perfectos; ese es el objetivo. Tenemos actualmente unos treinta o cuarenta candidatos en todo el mundo. Uno de ellos es el cabo Heredia. Una vez decidamos cuáles son los seis o siete más indicados...

—¿Seis o siete?

—Sí. Una vez decidamos cuáles son los esbirros perfectos, el doctor Krüeger se encargará de clonarlos con objeto de formar unos ejércitos potentes y fiables.

—¡¿De clonarlos?! ¡¿Ejércitos?! ¡Pero eso es pura ciencia ficción, Humphrey!

—También lo era lo de la criogenización y ya viste...

—¡Y tanto que lo vi; ya vi cómo acabó!

—Aquello fue mala suerte, simplemente. Todo iba bien hasta que se inmiscuyeron los ingleses y...

—¡Y el cabo Heredia, sí! ¡¿Y encima estáis pensando en clonarlo?!

—Si nos puede ser útil, sí, claro. ¿Por qué no?

—¡Qué barbaridad!

—Para nada, Flor. Piénsalo bien y verás como es una gran idea...

—...

—... A los que resulten elegidos los clonaremos en el número de ejemplares que haga falta.

—¿...? ¿Ejemplares? ¿Quieres decir que...?

—Sí, Flor, haremos tantas copias de nuestros mejores pitbulls como sea necesario.

—¿...?

—Disponemos de instalaciones secretas en África y en Asia de las que pueden salir los primeros veinte o treinta mil elementos operativos en poco más de quince años.

—¿Quince años?... No sé qué me da más miedo, Humpy. Si esos científicos chiflados como el doctor Krüeger que trabajan para nosotros o un ejército de cabos Heredia suelto por ahí.

—¡Ja, ja...!

—...

—...

—¿Y cómo se sabrá cuáles de... esos... candidatos que tenéis son... los adecuados?

—Buena pregunta, Flor. Buena pregunta. Los hemos de poner a prueba... a dura prueba. Y por eso... precisamente...

—¿Por eso... qué?

—Por eso necesitamos tu ayuda... con el cabo Heredia, que es uno de los dos candidatos españoles.

—Porque... ¿Hay dos?

—Sí, en España hemos localizado a dos potenciales soldados perfectos. Uno, claro, es el cabo.

—¿Y el otro...?

—El otro es un policía nacional que se llama Gonzalo Baivén. Vive y trabaja en Valladolid. Es agente de uniforme. Tiene muy buen físico, es fuerte y muy servicial. Hace lo que le mandan en todo momento, aunque sea sacar la basura por la noche o desatascar el lavabo. Y lo hace contento. Siempre quiere quedar bien con sus superiores y nunca está un minuto más de media hora desayunando. Es honrado a carta cabal. Por la tarde, es el último que se va cuando acaba su turno. No hace falta que te diga que es más tontaina que hecho de encargo.

—Como el cabo Heredia, vamos.

—Como el cabo Heredia, calcadito, exacto.

—¿Y mi ayuda, entonces...?

—A eso iba. Tú tienes un buen contacto con el general aquel de la Guardia Civil...

—Subises.

—Eso... Podríamos llegar hasta él de alguna otra manera, pero siendo amigo tuyo...

—¡No es amigo mío!

—Ja, ja... Vamos, vamos, Flor... Lo conoces bien, lo sabemos.

—¡Por cuestiones profesionales!

—Y has comido con él varias veces...

—¡No me lo recuerdes!

—Se trata de que le pidas... como favor personal, claro, que traslade al cabo Heredia a una determinada comandancia de la Guardia Civil, en Huelva, donde tenemos a un sargento en nómi-

na. Este sargento, que está en el cuartelillo de Punta Umbría, será uno de los encargados de ponerlo a prueba.

—Ponerlo a prueba... ¡Vaya, vaya!... No me hace mucha gracia, Humphrey, deberle favores al general Subises... Es más basto que un rebaño de cabras.

—No acostumbramos a pedirte nada, Flor, y esto es importante. El cabo Heredia debería estar en Andalucía hacia mediados o finales de julio. Tenemos que preparar una pequeña infraestructura, naturalmente.

—Naturalmente... ¿Y si me niego?

—Ja, ja... ¡Qué tontería! No te vas a negar y lo sabes bien.

—...

—...

—Y... ¿Qué pensáis a hacer con él, en Huelva? Con el cabo, digo... para... valorarlo.

—Pues lo que te puedes imaginar... Nuestro hombre le dará órdenes estúpidas; le hará hacer cosas inverosímiles, desagradables, difíciles... Si el cabo obedece siempre sin rechistar, sin hacer preguntas... y cumple con lo que le piden hasta un punto razonable, será un candidato ideal para este proyecto.

—¿Y el otro... el Vaivén ese...?

—Baivén, con b. Está destinado en Valladolid donde ya tenemos a un inspector de la Policía Nacional que trabaja para nosotros. A este solo hará falta trasladarlo de comisaría.

—Pues vaya... ¿Y si resulta que al final estos dos pájaros meten la pata constantemente, que es lo que me temo dados los antecedentes?

—Lo importante, en principio, es que obedezcan y que no piensen por sí mismos; hay que comprobar también que no sean codiciosos... Luego los perfeccionaremos, claro... con el tiempo.

Don Florentino, con la mirada extraviada a lo lejos, vio cómo se alejaban las limusinas; estaban ya a unos cientos de metros de distancia del hotel. Bebió un sorbo de *cognac*.

—Perfeccionar al cabo Heredia... —dijo con una media sonrisa—. ¡Os deseo suerte, Humphrey!